

VIUDA NEGRA

Era una mañana fría y neblinosa. La bruma se había dormido en el fondo de los valles de los montes de León, pero por encima de ella la visibilidad era excelente, perfecta para lo que tenía que hacer.

Había estudiado hasta el mínimo detalle: El recorrido de la montería, las zonas en la que se apostarían los cazadores, el tipo de arma y calibre que GM llevaría, la hora en la que llegarían, ...

Con los primeros rayos de sol, me situé a unos quinientos metros de distancia, entre dos árboles cuyas ramas me ofrecían un buen soporte. No tuve que esperar mucho. Por el estrecho sendero vi que se acercaban dos todoterrenos, que se detuvieron en una vaguada y de los que se apearon ocho personas y una jauría de perros. La mitad de los hombres, portando sus armas, subieron monte arriba y se situaron en sus puestos. Media hora más tarde, los otros soltaron a los perros y empezó la cacería.

A través de la mira telescópica de mi rifle, localicé a GM. Era el segundo de la derecha.

El escándalo ocasionado por los ladridos de los perros y los gritos de los hombres, hizo que no tardara en aparecer un ciervo que corría monte arriba, en dirección a los cazadores, en una loca carrera hacia la muerte. Era el momento. Apunté y esperé hasta que se oyeron los disparos. El ciervo cayó abatido, al mismo tiempo que GM dejaba caer su arma y se desplomaba.

Abandoné el lugar sigilosamente, después de haber recogido el casquillo de mi bala. Dos kilómetros más allá, en el otro valle, me esperaba mi vehículo.

Siete mil ochocientos millones de personas que vivimos en este planeta. ¿Qué importancia tenía una menos? La primera vez tuve pesadillas y remordimientos de conciencia, que se acallaron cuando recibí la recompensa. Luego, tras treinta y dos víctimas más, ya ni me lo planteaba. Para mí solo era negocio, nada personal. Me había acostumbrado a vivir como un nómada, cambiando de residencia y de ciudad cada seis meses. El mundo del hampa me conocía con el apelativo de Mister X y mi fama iba en aumento, así como mi cotización. Mi ámbito de trabajo: El mundo entero. Dondequiera que alguien necesitara deshacerse de alguien de forma limpia, segura y sin verse implicado, allí estaba yo.

Cuando Constantina recibió la noticia de que su marido, GM, había muerto por un disparo accidental, tuvo que esforzarse en disimular su satisfacción y aparentar estar compungida y enloquecida por el dolor. Era buena actriz y tenía experiencia después de haber enterrado a sus dos anteriores maridos. Ambos habían muerto en accidentes, o, al menos, es lo que las autoridades decretaron.

Y en ambos casos, ella heredó bastante dinero, pero nada comparable con lo que GM le iba a dejar, la bonita suma de tres millones de euros en sus cuentas bancarios más el seguro de vida que GM había hecho cuando se casaron, otros seiscientos mil.

Salió de su casa, enfundada en un vestido negro, de punto, que se adhería a su cuerpo como una segunda piel y dejaba poco a la imaginación. Era una mujer extremadamente sensual, muy atractiva, perfecta en sus proporciones. Pero para mí, solo era una clienta que me había encargado un jugoso negocio: Cincuenta mil euros para empezar y trescientos mil a los tres meses de hacer el trabajo. Como es de imaginar, en el entierro derramó una cantidad abundante de lágrimas para que nadie tuviera la más mínima duda de que su dolor era real. Luego tuvo que aparentar un período de luto de un par de meses, durante los que apenas salía de casa si no era para ir al supermercado a comprar. La familia de GM y, sobre todo, su hermano, sospecharon desde el primer momento de que ella era la responsable de su muerte, llegando incluso a contratar a un detective privado para seguirla y ver sus andanzas, algo totalmente lógico y previsible. Pero Constantina era demasiado lista para dejarse atrapar y sabía jugar perfectamente su papel de viuda. De viuda negra, tal vez...

GM tenía una doble vida. Había comprado un sobreático, un lobby con una terraza enorme y allí recibía a sus amantes. Él pensaba que nadie más conocía ese secreto, pero su mujer estaba al corriente e incluso se las ingenió para hacerse copia de la llave, no porque pensara montar un numerito, sino porque ya tenía el plan de deshacerse de él y quedarse todo su dinero. Así que se limitó a fingir una vida normal durante los dos últimos años de los tres que duró su matrimonio. Como ya he dicho, Constantina era muy lista, quizás demasiado...

Y yo siempre he sido muy precavido y desconfiado. Antes de dar un paso estudiaba detalladamente el terreno en el que iba a caer mi pie y si había la más mínima duda, retrocedía y desaparecía sin dejar rastro.

Por eso usaba un teléfono móvil de prepago que le había robado a una viejecita y cambiaba de residencia un par de veces cada año. No tenía novia ni nadie a la que tuviera que dar explicaciones de mis movimientos, ni cuentas bancarias, ni coche propio. Era muy fácil apropiarme de alguno cuando lo necesitaba.

Os estaréis preguntando: ¿Entonces cómo me localizaban para el siguiente trabajo? Pues con el sistema más simple, que no voy a revelar, porque podríais estar tentados de hacerme la competencia. Y os aseguro que he hecho trabajos en bastantes países. Tengo cuatro pasaportes falsos y hablo francés, inglés, alemán, y, naturalmente, español.

Y volviendo a Constantina... Además del investigador privado, yo me había convertido en su sombra, pero a distancia. Tenía que cuidar mi inversión. La espera de tres meses es un tiempo prudencial para que ella pudiera hacerse cargo del dinero, y empezar a moverse sin levantar sospechas. Por cierto, el investigador privado debía ser un novato, porque lo localicé inmediatamente y podía seguir todos sus movimientos. Para él habría sido imposible encontrarme, porque, pecando de modestia, soy un experto en disfraces y cada día tengo un aspecto diferente. Dos meses después del entierro, desapareció de la escena. Sin duda, la actitud recatada y precavida de Constantina le había convencido de su inocencia.

El día y la hora en la que deberíamos encontrarnos ya estaba prefijada. El lugar: El sobreático de GM. Aunque tengo nervios de acero, a medida que se acercaba el momento no podía evitar ese nudo en el estómago, la inquietud provocada por la incertidumbre de que algo pudiera ir mal. En los anteriores trabajos, siempre me había pasado lo mismo; es una sensación adictiva, que me mantiene en tensión y alerta, supongo que por la descarga extra de adrenalina, al saber que llega el momento de recibir la bolsa llena de billetes usados sin marcar y libres de impuestos. A las diez de la mañana pulsé el timbre

del interfono e instantes después oí que se desbloqueaba la cerradura. Entré en el vestíbulo. El ascensor me llevó hasta el ático. Luego tuve que usar las escaleras para llegar al sobreático. La puerta estaba entreabierta. Entré y la cerré. Sobre la mesa había una botella de champagne y dos copas. Y apareció Constantina, deslumbrante, irradiando sensualidad en todos sus movimientos.

- Querido –me dijo-, gracias por tu magnífico trabajo.

Cogió una bolsa de cuero negra y me pidió que lo contara, si quería, mientras ella llenaba las copas. Yo la abrí y sentí el agradable perfume de los billetes. Le dije que no era necesario contarle en ese momento y que lo haría más tarde. Ella me dio una de las copas y propuso un brindis:

- Porque el futuro nos depare alegrías como esta en nuestra vida.

Chocamos las copas y justo antes de beber, con el cristal rozándome los labios, me detuve y la miré. Ella había hecho lo mismo y soltó una carcajada.

- Veo que no te fías de mí –me recriminó-. Bueno, intercambiamos las copas, si es lo que quieres.

Asentí, porque cuando las llenó, lo hizo de espaldas a mí y, efectivamente, no me fiaba en absoluto de aquella dama. Mirándonos a los ojos, bebimos el contenido.

Eso es todo lo que recuerdo. Cuando me desperté estaba en el rellano de la escalera. La puerta del sobreático estaba cerrada y la bolsa con el dinero había desaparecido. Estaba claro que al intercambiar las copas me había engañado como a un novato. Yo peso 93 kilos, ¿cómo pudo ella sola arrastrarme hasta el rellano? Sin duda, tuvo que tener ayuda, quizás de algún nuevo amante.

“Maldita hija de puta! Juro que me las vas a pagar” –pensé, mientras bajaba la escalera enfurecido y medio mareado todavía.

Cogí un taxi que me llevó a su domicilio. Llamé al timbre y salió un desconocido.

- Perdón –le dije-, ¿vive aquí la señora Constantina?
- Ya no. Se marchó la semana pasada, después de que le compráramos la casa.